

porque ves en lontananza
tu nombre escrito en la historia.

El porvenir no te aterra;
porqué en tu cándido anhelo,
para tus ojos encierra,
olas de flores la tierra,
mares de estrellas el cielo.

Sigue en tu afán de aprender
conquistándote renombre;
que la virtud y el saber
elevan á la mujer
hasta el respeto del hombre.

Sigue, Cristina, adelante,
y aunque el estudio te abruma,
estudia, estudia constante,
que la belleza ignorante
es una flor sin perfume.

La belleza es flor, Cristina,
que el tiempo marchita y trunca;
pero el saber que ilumina
el alma nunca declina;
porque ese no acaba nunca.

EL MENDIGO

Y las fiestas
Y el contento
Con mi acento
Turbo yo.
Espronceda

I

De invierno era noche. La luna bañaba
con luces divinas su casto ropón;

el éter cerúleo su toledo bordaba
de estrellas temblantes de tenue fulgor.

Con hilos de escarcha tejó el horizonte
un lienzo precioso de blanco ormesí,
que en nieve trocaba las crestas del monte
y en líquido aljófara del campo el tapiz.

Todo era silencio. Ni un ave medrosa
turbó con su canto la triste quietud:
allá en lontananza se veía una choza
de hoguera brillante fumífera luz.

Al pie de un encino, al que hace pedazos
sus frondas resacas el soplo invernal,
las hebras de nieve dejando en sus brazos,
y témpanos duros de limpio cristal.

Descansan dos seres de aspecto humilde,
¡exóticas hierbas de extraño plantel!
un pobre mendigo que vela afanoso
el sueño á una virgen, mendiga también.

Los viles harapos, la turbia mirada,
la barba canosa, la histérica faz,
el cuerpo inclinado, la frente rugada
del viejo, revelan su agudo pesar.

A la que se duerme vestida en el suelo
su brazo le sirve de almohada esta vez;
el cándido rostro le cubre su pelo,
el rostro que baña mortal palidez.

Su talle que celos causó á las ondinas,
do arropan jirones de burdo sayal;
la sangre enrojece sus plantas divinas
que en luengo camino llegaron á hinchar.

"Dime: ¿por qué sufres, niña desgraciada?
¿por qué el infortunio tu cuna meció?
¿por qué secó el hambre tus formas de hada
y llanto salobre tu faz escaldó?"

¿Eres azucena crecida entre abrojos?
¿paloma que trajo misión de llorar?
¿ó ángel que Cristo miró con enojos
y vienes sin culpa, al mundo á penar?"

Así habló el anciano: sus nervios crispados
moviólos un fuerte, convulso temblor;
entonces sus ojos sin luz, empañados,
brillar un momento los hizo el dolor.

Separó del rostro con mano amarilla
de su hija el cabello sedoso, sutil;
besó de la virgen la flaca mejilla,
volvió con la crencha el rostro á cubrir.

Clavó en las estrellas la vista indignada,
los puños con ira temblante cerró,
y puso en la joven después su mirada,
y plática triste consigo entabló.

II

Duermes en sueño profundo,
duérmete, ángel de dolor,
que mendigos por el mundo
vamos errantes tú y yo,
como ecos en las montañas,
como secas espadañas
á merced del vendaval;
como dos plumas caídas,
como dos olas perdidas
sobre borrascoso mar.

Todo calla. No se mueve
ni la luna en el zafir,
bajo sábana de nieve
parece el orbe dormir.
Cuán dichosos los pastores
que tal vez hablan de amores
al calor de aquella luz;
sólo yo, pobre mendigo,
me halló sin pan, sin abrigo,
en horrible senectud.

Yo que de oro, de placeres,
otro tiempo disfruté,
y entre amigos y mujeres
años felices pasé;
yo que á nadie respetaba,
que de todo me burlaba,
porque grande me creí;
ahora viejo, miserable,
pobre harapo despreciable,
todos se burlan de mí.

Yo que en batalla tremenda
con imponente quietud,
vi de la metralla horrenda
brillar la siniestra luz,
y en débil barco indefenso
afrofé del mar inmenso
la iracunda tempestad;
hoy de puerta en puerta plaño
y hasta de un niño el regaño
me hace ¡cobarde! temblar.

Canto excelso de victoria
con voz robusta entoné,
y obtuve lleno de gloria
un renombre... ¿para qué?
¿si me llaman hoy mendigo,

si á la humanidad hostigo
con mi constante pedir?
¿si cual de réprobo inmundo
sin semejante en el mundo
huye la gente de mí?

De mí, que de los salones
era el orgullo la luz,
y en espléndidas reuniones
derramé la beatitud.
Hoy si muerto de hambre llego
donde hay baile, bulla, juego,
y les grito: Socorred
al **desgraciado**, mi plaga
en áurea copa que embriaga
es una gota de hiel.

¿Qué se hicieron las brillantes
horas de felicidad?
las mujeres incitantes
los amigos ¿dónde están?...
fué fantasma que risueño
á través de torpe sueño
mis sentidos fascinó;
fué meteoro refulgente,
que en un cielo transparente
para apagarse brilló.

Aurea imagen de vapores,
sueño brillante de ayer,
lindas sombras de colores
con las que yo deliré;
recuerdos de nuestra gloria
que torturan la memoria
del pordiosero infeliz;
marchad, placeres perdidos,
fantasmas de fuego, idos,
idos, fantasmas, de aquí.

Hoy mendiga el que antes daba,
y se humilla el que humilló,
que el mundo que le adulaba
de desprecio lo cubrió;
y al morir sus ilusiones
devoró las decepciones
de la infame ingratitude,
y en su camino de abrojos
le hace postrarse de hinojos,
de su miseria la cruz.

De cuánta dicha inefable
me hizo la suerte gozar;
pero la suerte mudable
y pérfida, como el mar,
trocó mi orgullo en flaqueza,
en miseria mi riqueza,
mi placer en expiación.
Hoy, devorado de hastío,
hambre tengo, tengo frío,
tengo luto y maldición.

Sombras de oro que abrillanto
con mis lágrimas, ¡huid!
porque si os miro me espanto
de mi existencia infeliz.
¿A qué un instante la mente
os acariñe ferviente
venís en loco tropel?
¿Así irritáis la memoria
vagos fantasmas de gloria
para marcharos después?

Dejadme en triste destierro
sin amigos, mendigar,
y recibir como perro
un vil mendrugo de pan.
Mendrugo que yo devoro

empapado con el lloro
que brota del corazón,
y... ¡piensan todos en tanto
que es de gratitud el llanto
que arranca la indignación!

Al mendigar miserable,
como sin alma me ven
y que harapo despreciable,
mi orgullo de hombre dejé;
mal conoce el que se engaña
todo el veneno que entraña
un corazón infeliz.
Es mi eterna pesadilla,
á quien una vez me humilla,
humillarle mil y mil.

¿Por qué á la suerte le plugo
mi soberbia mancillar?...
¡Oh! ¡si pudiese el mendrugo
devolver al que lo da!
¡Si me viese en un momento
joven, fuerte y opulento
para saciar mi rencor,
feliz entonces muriera,
que yo por vengarme diera...
de mi hija la salvación!

III

¿Mi hija?... ¡no!... ¡loca demencia!
infortunada criatura,
bastante es tu desventura
con deberme la existencia.
Flor de blanca transparencia
cuyo purísimo seno
está de lágrimas lleno;
mañana tal vez la ola

del ábrego, tu corola
arrastrará por el cieno.

Triste imagen de la muerte
¡infeliz! te ha puesto el hambre,
y débil como el estambre
ya no puedes sostenerte.
¿Para penar de esta suerte
de los cielos descendiste?
antes de nacer ¿qué hiciste?
¿qué sufres con un mendigo
de su pasado el castigo
que tú nunca mereciste?

Dios á vagar por el mundo
te condena, pura ninfa,
como la diáfana linfa,
que corre entre fango inmundo.
Mas del viejo moribundo
si la vida se derrumba
y entre los dos una tumba
pone inflexible el destino,
aislada en el torbellino,
¿què harás cuando yo sucumba?

Tus labios, tal vez mis ojos
cerrarán, virgen preciosa,
tal vez tú al hacer la fosa
para inhumar mis despojos
lanzarás, hija de hinojos
ayes mil que el alma esconde,
y al ver que nadie responde
tomarás por compañero
mi bordón de limosnero
para ir... ¡qué sé yo adónde!

¿Qué porvenir se te espera
si el hambre tu orgullo abate?

quizá lúbrico magnate
con su oro te hará ramera.
Y aunque pobre limosñera
serás su amante, en seguida
te dejará envilecida,
y tendrás, hija, que ser
vaso inmundo de placer,
flor de todos escupida.

Si desde la excelsa cumbre
del pudor, al precipicio
ruedas, y de infando vicio
ardes en la horrible lumbre,
trocarás en podredumbre
tu pureza virginal;
un torcedor infernal
te matará, desgraciada,
y morirás devorada
de lepra, en el hospital.

Tan horrorosa pintura
me hace el corazón pedazos,
mejor te ahogo en mis brazos:
¡muere!... ¡pero muere pura!
Que de mi infame locura
venga el patíbulo en pos;
no hemos de sufrir los dos,
aunque execren mi memoria:
vete sin mancha á la gloria,
¡magüer me condene Dios!

IV

Al decir esto, solloza
y estrecha convulsamente
el cuello de la inocente
que al pie del árbol reposa
Ella siente en su garganta

Aprestan, pues, sus bélicas legiones,
ansiando resolver en la campaña
elevadas cuestiones
de colmillos de garfios y rapiña,
(Aquí el apologista hace otra pausa
para decir que esa
de las guerras civiles es la causa).

Avaro el tigre de botín y gloria,
llamó con gran presteza,
y de diversos modos,
a los que armados tienen la cabeza;
y refiere la historia
que esta vez los cornudos,
leales y cumplidos,
no se hicieron los sordos; ni los mudos
porque vinieron los cornudos todos,
exceptuando el demonio y los maridos.

Desde el alacranejo emponzoñado
hasta el rinoceronte corpulento,
el cibolo pesado,
y el bravo toro de luchar hambiento,
se alistaron con ánimo esforzado;
y con tantos cornudos animales
de astas rectas, caídas, espirales,
apareció del tigre el campamento
como bosques de secos matorrales.

Sonó la hora fatal de la batalla;
las falanjes tendidas
una de la otra al frente,
halláronse atrevidas,
Reinó silencio lúgubre, imponente;
alzó la cara el burro, mostró el diente;
y rebuznando á guisa de corneta,
dió la señal terrible del combate.
Al escucharla, el toro cayó al suelo;

saco la garra el tigre enfurecido;
arcóse el gato y esponjó la cola;
mostró su diente la pantera insana;
y el de las selvas rey, siempre temido,
sacudió la melena soberana,
rugió feroz, y... comenzó la bola.

A encontrarse ambas huestes se lanzaron:
hizo temblar el suelo su carrera,
nubes de polvo alzaron,
y diré: ¡voto a sanes!
(magüer diga gigantes desatinos)
que una y otra chocaron
cual pudieran chocar dos huracanes,
formándose dos negros remolinos;
pero en el choque la cornuda tropa
á su enemigo le enseñó la popa.
Poblando el aire de medrosos gritos,
corrieron sin sosiego
los cornudos malditos,
como los generales corren luego.

Dizque el felino entonces con enojos
sintió brotar ardientes
gotas de sangre en sus siniestros ojos,
y que clamó entre dientes,
al mirar su derrota consumada:
los cornudos no sirven para nada.

¿Moraleja?... Lector, no te la digo,
que si a decirla viérame obligado,
más de un casado fuera mi enemigo,
y tú, tal vez, lector, eres casado.

EPIGRAMAS

El trapacero Canuto
hace un año que murió:
pagó a la parca tributo...
—Fue lo único que pagó.

*

Tú que el dedo no te mamas
espero que me dirás:
¿por qué a las mujeres, Blas,
algunos les llaman damas?
—Porque aman al que da más.

*

Dijo la niña Isabel
cuando con Juan se midió:
no somos iguales: él
tiene un dedo más que yo.

*

Oiga, señor de la Torre,
¿por qué a un militar cualquiera
le dicen que está en carrera?
—¿Por qué ha de ser?... porque corre.

*

¡Lindos pies te ha dado Dios!
bien mereces otros dos.

*

Hicieron guarda de aduana
marítima a Jaramillo,
y a poco su bella hermana
resultó con un chiquillo,
El, muy enojado, pronto
quiso matar al muchacho;
pero ella le dijo: "¡tonto!
te quedas sin el despacho!"

BACANAL

La vida es la vida; cuando ella se acaba
Acaba con ella también el placer:
De inciertos pesares ¿por qué hacerla esclava?
Para mí no hay nunca mañana ni ayer.

Si mañana muero que sea en mala hora,
O en buena, mal dicen ¿qué me importará a mí?
Goce yo al presente, disfrute yo ahora,
Y el diablo me lleve, si quiere al morir.

Espronceda.

Bebamos, mis amigos; el néctar delicioso
en cálices de oro, mitigue nuestra sed;
los labios de una virgen de seno pudoroso
nos lleven entre aromas de Venus al Edén.

En góndola de naipes, con séquito de hadas,
bogando sobre golfo inmenso de cognac,
a la isla del olvido marchemos, camaradas,
que al fin es la existencia perpétuo carnaval.

Divino es nuestro cielo, sus nubes de colores
mil rayos de esperanza arrojan por doquier,
mil rayos que iluminan nuestro campo de flores...
si vivimos, ¡vivámos! la vida es el placer

Que choquen nuestras copas. El mal que nos
(abrume
sepúltese en un piélagos de límpido licor;
que allí se queme el alma, y en alas de la espuma
audaz al pensamiento remóntese hasta Dios.

En buena hora el hipócrita nos llame irreligiosos;
sus máximas ridículas sabremos despreciar;
predíganos, si quiere, castigos horriblos,
al cabo que la tumba no tiene más allá.

¡Infierno! ¡Purgatorio! ¿Qué importan los tor-
(mentos

futuros, si la dicha nos da la juventud?...
formad un bello grupo los de placer hambrientos,
y alzando vuestras copas, brindad por Belcebú.

Bebamos y burlemos consejas tan pueriles,
dejando en todas partes la huella del placer,
que, como pasa el humo, pasan ¡ay! los abriles,
y pronto sentiremos la frente envejecer.

Bebamos, porque el dedo del Hacedor de todo
un límite a la vida le plugo señalar,
y mañana seremos gusanos, podre, lodo:
¡de lodo nauseabundo formado el hombre está!

El hombre, vil oruga que sueña deificarse,
y dice delirando: "¡Imagen soy de Dios!"
Cual si pudiera ¡estúpido! en lodo retratarse
aquel a cuya planta de alfombra sirve el sol.

El hombre en cuyo pecho se agitan las pasiones,
pasiones ¡ay! que envuelven el alma en el capuz:
el hombre, siempre lleno de locas ambiciones
que, al fin, van a estrellarse al tétrico ataúd.

Es muy triste que ese hombre, que en medio del
(camino
no sabe de do viene, e ignora dónde va;
ese reptil que arrastra del mundo el torbellino,
se considere la obra más grande de Jehová...

¡Bebamos! Si la vida sembrada está de abrojos,
de imágenes que mienten, de luto y de dolor;
¿hemos de estar sujetos del mundo a los antojos,
sin que cortemos nunca de paso alguna flor?

Al corazón que joven hoy late con violencia,
daremos sensaciones que le hagan disfrutar;
mirad que nos alcanza la edad de la experiencia,
y entonces los ensueños ¡cobardes! volarán.

Sin sombra en nuestra vida, gocemos de sus
(bienes
sin pensar en mañana, sin recuerdos de ayer;
y con púdicas rosas ciñamos nuestras sienes,
antes que crudo invierno nos llene de vejez.

La vida deleznable, que prestada tenemos,
como rostro de nube, violenta pasará,
y aun ese sol fulgente, que colorado vemos
el soplo de la muerte también lo ha de apagar.

Mañana nuestro nombre se hundirá en el olvido.
y un tétrico sudario, emblema del dolor,
cubrirá el esqueleto de sucia piel vestido,
y... adiós a los placeres, las risas y el amor.

El hombre es una hoguera al volverse ceniza,
del alma, que es su fuego, el brillo concluirá;
el corazón de barro se seca y pulveriza,
y él es el que nos hace sentir y disfrutar.

Hoy mismo, si la muerte aquí nos arrebatara,
hoy mismo acaba todo; porque la vida es
como ráfaga de humo que el viento desbarata,
y en el viento se pierde para jamás volver.

Si de nada nacimos, si al fin nada seremos,
porque todo es fantasma, delirio, falsedad;
pues alegres ¡qué diablos! la vida pasaremos
con una copa a un lado y al otro una beldad.

Lo que pasó olvidando, gocemos del presente,
en manos del destino dejando el porvenir;
y así nuestra existencia pasará alegremente,
como pasan las aves cantando en el pensil.

.....
.....
.....
.....
.....

Así clama el malvado henchido de locura,
porque insensato olvida en su torpe furor,
que en este árido valle de llanto y de tristura,
sin virtud no se encuentra sosiego ni ventura...
No sabe lo que dice. ¡Perdonalo Señor!

ORACION

(Para mi hijita Albertina)

En la senda, Virgen santa,
que con llanto humedecieron,
los seres que el sér me dieron,
imprimo mi tierna planta.
Luz que la gloria abrillanta,
Madre del Verbo hecho hombre,
haz que la zarza no alfombré,
mi camino, Virgen pía,
y que nunca pase un día
sin que bendiga tu nombre.

POBRE DE MI

¡Pobre de mí! Las horas que pasaron
horas de luto y de pesares fueron;
y las horas que aquellas remolcaron,
saturadas de lágrimas vinieron.

¡Pobre de mí! Fatalidad sombría
me persigue doquier amenazante.

y en mis horas salvajes de agonía
es un nuevo martirio cada instante.

¡Pobre de mí! Para el dolor nacido
es mi vida tormento prolongado;
nadie ha sufrido lo que yo he sufrido,
porque soy, como nadie, desgraciado.

¡Pobre de mí! Sin esperar ventura,
triste vegeto en aparente calma,
y al recordar mi historia de amargura,
me punza el corazón, me duele el alma.

¡Pobre de mí! Con los pesares lidio
sin esperanza, y los tormentos crecen,
y aunque bostezo hastiado de fastidio,
al bostezar mis ojos se humedecen.

¡Pobre de mí! La mente voladora
soñó un tiempo fantásticas beldades;
que mi alma, como fuego abrasadora,
formada fue de locas tempestades.

¡Pobre de mí! El alma que atrevida
audaz ayer lo desafiaba todo,
es águila sin alas abatida,
que impotente se arrastra por el lodo.

¡Pobre de mí! El ánima tan llena
de fuego juvenil, se fue gastando,
y es un alma infeliz, ánima en pena,
sombra del alma que cayó luchando.

¡Pobre de mí! Tormentos muy atroces
sin piedad mis entrañas atarazan;
ni en el bien ni en el mal encuentro goces,
la virtud y los vicios me rechazan.

¡Pobre de mí! No arrancan un gemido
los arpones que el pecho me atraviesan;
pero al sentir mi espíritu caído,
me pesa el corazón. Los muertos pesan.

¡Pobre de mí! Emponzoñada herida
desgarra al corazón gastado y yerto;
vivo para sentir mi horrible vida,
respiro aún para saber que he muerto.

¡Pobre de mí! El llanto comprimido
en mi rebelde corazón, guardado
tanto permaneció, que corrompido
en repugnante hiel se ha transformado.

¡Pobre de mí! En mi fatal carrera
llevo una vida miserable, trunca,
y al caer en mi lecho yo quisiera
no ver la luz, ni levantarme nunca.

¡Pobre de mí! Al que se muere envidia,
y lucho y miro en sueños agitados
el tentador espectro del suicidio,
y la faz de mis hijos adorados.

¡Pobre de mí! El porvenir aterra
de esas criaturas que mi pan reciben,
y los lazos que me atan a la tierra
no los puedo romper, porque ellos viven.

¡Pobre de mí! Hasta que yo sucumba
debo sufrir la saña de la suerte...
Sólo me queda una ilusión... la tumba...
¡Bendigo a Dios porque inventó la muerte!

OTRA VIDA

Soneto

Es la vida un enjambre de ilusiones
 en cuyo extremo están los desengaños,
 pues plugo a Dios que el árbol de los años
 produjera terribles decepciones.

Brújula del mortal son las pasiones;
 el hombre es germen de sus propios daños,
 y embriagado con fútiles engaños
 busca felicidad, tiene aflicciones.

La pobre humanidad llora perdida
 su esperanza. Sintiéndose impotente
 en marasmo fatal cae rendida;

mas le dice una voz que nunca miente:
si es la tumba el Ocaso de la vida,
 de otra vida la tumba es el Oriente.

EL VERDUGO

Y más alto que el grande, que **altivo**
 Con sus plantas hollara la ley,
 Al verdugo los pueblos miraron
 Y mecido en los hombros de un **rey**.

Espronceda.

I

Yo soy el verdugo. El hombre, ¡mi hermano!
 hirviendo de ira un ogro me cree;
 ¡a mí! ¿a la imagen de Dios soberano,
 al que hizo del orbe monarca también?

Baldón y desprecio circundan mi vida,
 el hombre me llama infame caín;
 del bien que hago al hombre el hombre se olvida,
 y me odia, me huye: el hombre es así.

Declaro, sin miedo, al crimen la guerra,
 y mato yo al hombre que al hombre mató:
 humillese el hombre a mí, que en la tierra
 soy copia terrible del brazo de Dios.

Soy hijo del crimen, mi pan de él espero;
 me nutre la sangre, me ampara la ley;
 yo vine a la tierra humilde pechero,
 y he visto a los reyes temblar a mis pies.

Henchido de grande, orgullo profundo,
 ejerzo en la tierra sangrienta misión;
 es germen la sangre de ciencia fecundo
 que siempre al progreso doquier precedió.

Es bello, muy bello, en negro tablado,
 tender la mirada con doble altivez
 al vulgo medroso que mira pasmado
 el trono de muerte, mi regio dosel.

Y ¡me odian! ¿qué importa? El valiente guerrero
 que en lides tremendas legiones venció;
 aquel cuyo brioso corcel altanero
 con sangre de cráneos su casco tiñó;

el rey poderoso, excelso, y altivo,
 que al orbe dió leyes, y puso en su sien
 egregia corona, y vio compasivo
 a nobles y viles su planta lamer;

el fiero bandido, que mil y mil veces
 grandiosos peligros audaz afrontó,

mofándose altivo de frailes, de jueces,
del mundo, del diablo, del cielo y de Dios;

si frente al caldalso, mi rostro sombrío,
el rey, el bandido, el bravo adalid,
contemplan un punto, humildes, sin brío,
les veo de rodillas temblar ante mí.

II

¿Por qué si el soplo de Jehová me alienta,
a mis hermanos plugo
sembrar mi vida de pesar y afrenta?
¿son los hombres verdugos del verdugo?

¿Piedad para el infame que la vida,
sus crímenes pagando,
pierde, y rencor para el que da la herida
una ley poderosa ejecutando?

Guardad vuestro rencor para esos reyes
que a las naciones doman,
e hidrópicos de sangre expiden leyes,
y ni el trabajo de matar se toman.

Culpad a la que impera sobre el mundo
fatalidad sombría,
que pone al hombre por su mal profundo
bajo de mi hacha cortadora y fría.

III

Es mi hacha, de justicia espejo refulgente,
mi fúnebre cadalso terrífico crisol,
que purga las pasiones del pueblo que impotente
se traga sus aullidos hirviendo de rencor.

Yo corto una cabeza, sereno, sin cuidado,
en medio de la plaza, del sol a toda luz:
soy genio de la muerte, mi trono es enlutado,
mi púrpura es la sangre, mi cetro la segur.

Los nietos de Confucio honraron al verdugo,
los príncipes reales vistieron como él;
¡loor a aquellos chinos que comprender les plugo
que honrando a su verdugo honraban a su ley!

Un occide et manduca, oyó el apóstol Pedro,
en éxtasis soñando beatífica visión;
mi padre así me dijo, por eso no me arredro,
y siempre mato y como. ¡Bendita sea su voz!

IV

Era mi padre verdugo,
y mi madre, ¡vive el cielo!
envilecida ramera,
bastarda hija de un perverso

que en afrentoso cadalso
mató el verdugo, su yerno.
Maldito desde la cuna
vine al mundo, niño bello;

estigma fatal de sangre
marcó mi frente de réprobo,
y fue mi primer vagido
un ¡ay! que lanzó el infierno.

Con leche infame nutrióme
la prostituta en su seno,
y me regaló el ostiaco,
oliendo a sangre, mil besos,

Entre el terror y la infamia
pasé mis años primeros;

fue mi verdugo cada hombre,
verdugos son todos ellos,

sino que pocos se atreven
a esgrimir mi hacha de acero;
porque no alientan ¡cobardes!
mi corazón tan enérgico.

Odiado desde muy niño,
siempre solo, fui creciendo
sin amigos, sin infancia,
y devorando desprecios.

Mi alma huérfana y maldita,
en su maldito aislamiento
vivió, sin que le halagara
de otros niños el afecto.

Era una tarde de Agosto,
tarde que olvidar no puedo;
divisaba yo en el campo
niños mil que en grupo angélico,

bulliciosos, expansivos,
jugaban ¡ay! muy contentos;
y respirando ternura
niño yo, también y bueno,

osé acercarme, por ver
mejor aquel cuadro nuevo;
mas a los primeros pasos
que di, exclamaron ellos:

¡Es el verdugo, el verdugo!
y horrorizados huyeron.
Desde entonces el rencor
rugió dentro el alma hirviendo.

que la sociedad injusta
me odió inocente, y por eso
no me dejó más recurso
que el oficio de hacer muertos

V

Y de lágrimas lleno y de coraje
me alimento del odio con el jugo;
porque están saturadas de brebaje
mis lágrimas sangrientas de verdugo.

Si mi sueño de sangre realizara,
de un tajo, humanidad te dividiera;
y en tu sangre maldita me bañara,
y tu sangre maldita me bebiera.

Mi sed de sangre en el cadalso apago,
que soy dichoso si a matar me apresto.
Y tu odio, sociedad, con odio pago...
infame sociedad... ¡yo te detesto!

EL HOMBRE

Soneto

Ciego que ve, hambriento que mantiene;
burro en la chilla, en la opulencia mula;
abate al pobre, al poderoso adula,
y es enano o titán, según conviene.

La vanidad que mata lo sostiene;
y como falso su conciencia anula;
si tiene una virtud la disimula,
y finge poseer lo que no tiene.